

aquel santo, y otro verso en que tambien se habla de Margites: «Sabia muchas cosas, pero todas las sabia mal.» La pérdida del *Margites* es altamente sensible. En concepto de Aristóteles, esta sátira fué para la comedia lo que eran para la tragedia la *Iliada* y la *Odisea*: en ella tenian los poetas cómicos el prototipo de los caracteres que presentaban en escena, y un estilo adecuado á la pintura de las ridiculeces y de los vicios.

CAPÍTULO VIII.

Continuacion de la poesia elegiaca.

MIMNERMO.—SOLON.—LA SALAMINA.—ELEGÍA SOBRE LA ANARQUÍA.—ELEGÍAS DE SOLON EN HONOR DE SUS LEYES.—OBRAS DE LA VEJEZ DE SOLON.—ELEGÍA MORAL; POESÍAS DIVERSAS DE SOLON.—FOCÍLIDES.—TEOGNIS.—CARÁCTER POLÍTICO DE LAS POESÍAS DE TEOGNIS.—SENTENCIAS MORALES DE TEOGNIS.

Mimnermo.

A últimos del siglo VII ya no tenia que temer la Jonia, como en tiempo de Calino, ninguna irrupcion de bárbaros; pero tampoco era mas que una provincia del reino de Lidia. Esmirna tambien habia caido bajo el yugo de los vecinos que detestaba. Un habitante de Esmirna, un súbdito del rey de Lidia, aun podia ser hombre de noble condicion; pero habia perdido ya la libertad de pensamiento, la sagrada virtud de la independenciam, y con ambas cuanto enaltece la vida y la hace digna del nombre de vida. Como poeta, estaba reducido al culto de los recuerdos, ó á la predicacion de las voluptuosidades sensuales. Mimnermo es un ejemplo de ello. Habia escrito una elegía en honor de la victoria al-

canzada en otro tiempo por los esmirnios sobre Giges; pero una vez pagada esa deuda á las glorias antiguas, abandonóse completamente á la molicie y melancolia que forman la delicia de los esclavos. Mimnermo compuso la primera elegía amorosa.

Los versos que nos restan de este poeta revelan un hombre indiferente á todo, menos al placer. Segun él, los bienes supremos son la juventud y el amor: envejecer es peor que la muerte, y desea no pasar de los cincuenta, pintando con negros colores los males del hombre muy entrado en años. «Llegada la vejez, que reduce al mismo punto al hombre feo ó hermoso, el alma es de continuo acosada, abrumada de crueles afanes; ya no se goza en contemplar la luz del sol; se vive odiado de los jóvenes, y despreciado de las mujeres.» Hémos aquí muy distantes de Calino. Mimnermo vuelve perpétuamente á esas ideas con maravillosa abundancia de imágenes, con gran viveza de sentimiento, y á veces con rara energía de expresiones. Debemos decir empero que nos quedan cuatro ó cinco versos yámbicos citados con el nombre de Mimnermo, los cuales son muy insignificantes para que nos permitan decir si los yambos del poeta eran sátiras ó no. Digno era Mimnermo, á lo menos por su talento, de vivir y cantar en la patria de Homero. En efecto, pasó su vida en Esmirna, y él mismo nos dice que era uno de los colofoneses que fueron á domiciliarse en aquella ciudad, y cuyos antecesores eran oriundos de Pilos. Respecto de la época en que florecia, todo lo que se sabe de cierto es que aun estaba en el vigor de la edad cuando Solon era ya poeta; pues este le critica por el deseo de una muerte prematura, del que ya hemos hablado, y le propone

por correccion el número de ochenta años, en vez de sesenta, añadiendo: «No me venga la muerte sin hacer derramar lágrimas; deje yo á mis amigos despues de mí pesares y gemidos.» El modo con que invita á Mimnermo á cambiar su palabra *sexagenario*, indica claramente que se dirigia á un vivo que podia acceder á su deseo, y no á un habitador del reino de las sombras.

Solon.

Con todo, el impugnador de Mimnermo distaba de ser antipático á la poesía del amor y del placer. No solo era Solon hombre de juicio recto, resuelto, firme en sus desig- nios, político consumado, legislador eminente; tambien era el varon mas benévolo y amable. Nunca dejó de sacrificar á las Gracias, y en su vejez aun decia: «En el dia me agradan los dones de Cipris, de Baco y de las musas; en ellos se cifra la dicha de los mortales.» No era insensible á los goces de la vida; pero no los constituia, como el poeta jonio, en fin único y supremo; fuera de que vivia en un país donde un hombre de ingenio no estaba obligado á predicar la indolencia. Solon era aficionado al recreo en sus ratos de huelga, y algunas veces compuso versos por pasatiempo, en los que casi siempre instruia deleitando. En general, la poesía fué en sus manos un instrumento que servia á las mas nobles ideas: era para él, digámoslo así, el complemento de la elocuencia política. Una vez llegó Solon á declamar en la plaza pública una de sus elegías, á modo de discurso. Es verdad que en aquel dia no hubiera osado ni podido arengar en prosa sobre la materia de que queria hablar á los atenienses.

La Salamina.

Corria el año 604 antes de nuestra era. «Cansados los atenienses, dice Plutarco en la *Vida de Solon*, de la dilatada guerra que habian hecho con mal éxito á los megarenses para reconquistar la isla de Salamina, prohibió por un decreto, bajo pena de muerte, que jamás por escrito ni de viva voz se hiciera proposicion alguna para reivindicar la posesion de aquella. Indignado Sócrates de tal bajeza, y viendo que los mas de los jóvenes solo buscaban un pretexto para volver á la guerra, si bien no se atrevian á pedirlo por temor á la ley; ocurriósele fingirse loco, é hizo que sus mas allegados divulgasen por la ciudad que habia perdido el juicio. En el interin compuso en secreto una elegía, aprendiéndola de memoria, y el dia menos pensado salió de su casa corriendo á la plaza pública, á donde le siguió el pueblo en tropel. Subió á la piedra de las proclamaciones y cantó su elegía, la cual comienza en estos términos: *Vengo como heraldo de la bella Salamina. En vez de un discurso he compuesto versos para vosotros.* Este poema se intitula *Salamina*, y contiene cien bellísimos versos.»

Poca cosa queda por desgracia de esta obra maestra, y sin embargo bastante para que sintamos mas su pérdida. Desearíamos saber cómo pintaba Solon á sus conciudadanos el perjuicio que se irrogaban con su inaccion, lastimando su poder político y su renombre militar. A lo menos se le oye protestar contra tanta vergüenza: ¡Porqué, pues, no soy un folegandriense ó un sicinita, y no un ateniense! ¡Porqué no pude cambiar de patria! Luego se dirá entre los hombres: El que veis, es un hombre del Atica, uno de

los que abandonaron cobardemente á Salamina !» Tambien tenemos los dos últimos versos de la elegía. Cuando Solon exclamó : «Vamos á Salamina, vamos á pelear por aquella amable isla, y rechacemos léjos de nosotros una infausta deshonra;» la juventud ateniense, arrebatada de entusiasmo, repitió unánimemente : «Vamos á Salamina !» Derogóse el antiguo decreto, resolvióse una nueva expedicion, y poco despues los megarenses fueron expulsados de la isla amable.

Elegía sobre la anarquía.

Sabido es el estado de alteracion y anarquía en que se hallaba sumida la ciudad de Atenas, cuando Solon quiso reformar la constitucion y las leyes. Antes de proponer nada al pueblo, cumplia persuadirle de la apremiante necesidad de la reforma, é infundir en los ánimos sanas ideas de orden y obediencia. Ese fué el triunfo de la musa, no menos que del ingenio político. Demóstenes nos ha conservado casi íntegra una elegía perteneciente á este memorable período de la vida de Solon, la cual principia como sigue: «No, nuestra ciudad nunca perecerá por un decreto de Júpiter, ni por la voluntad de los dioses inmortales. Que una magnánima protectora, hija de un padre poderoso, Pálas Atenea extiende sobre ella las manos.» El poeta deplora amargamente los males que afligen á la ciudad; afea con energía la insolencia y rapacidad de los demagogos, y pinta con tristes colores la miseria de los pobres, de los deudores que los ricos vendian como esclavos, y á quienes llevaban aherrojados léjos de la tierra natal y del hogar paterno. Al lastimoso cuadro de los males engendrados por la anarquía, opone el de los bienes que las sábias institucio-

nes producen. Esta elegía es una leccion, una advertencia, como dice Solon mismo. Tambien dice que al indicar los males y el remedio, no hace mas que obedecer las imperiosas sugerencias de su conciencia. Una poesía tan altamente sensata, tan inspirada y sentida, no podia menos de ejercer en los ánimos un irresistible imperio.

Elegías de Solon en honor de sus leyes.

Dicen que Solon tuvo por un momento la idea de redactar sus leyes en versos épicos, y Plutarco hasta cita los dos primeros hexámetros del preámbulo. «Ruego primero á Júpiter hijo de Saturno, que conceda á estas leyes buena suerte y gloria.» No afirmaríamos la perfecta autenticidad de esos versos, ni la realidad del designio á Solon atribuido. No porque lo halleemos sobrado inverosímil. Habia en sus leyes una parte moral que hubiera sido un noble asunto para poemas de forma severa, como él sabia componerlos. Si el preámbulo de las leyes de Zaleuco estuviese escrito en verso, en el estilo de los de Solon seria un admirable poema didáctico.

Cuando Solon hubo dado cima á la grande obra de la reforma, no vaciló en aplaudirse á sí mismo: escribió nuevas elegías para que los ciudadanos comprendieran la magnitud de los beneficios de que les habia dotado. «He dado al pueblo, dice, el poder suficiente, sin quitar nada á sus honores, y sin aumentarlos mucho. Respecto de los poderosos, de los hombres engreidos de su opulencia, no les he permitido la injusticia. He armado á cada partido con un invencible escudo: ya nunca pueden oprimirse uno á otro.»

Obras de la vejez de Solon.

Sabemos que Solon se ausentó de Atenas por algun tiempo, á fin de que sus conciudadanos se acostumbraran á aplicar ellos mismos las nuevas instituciones, y que durante sus viajes coadyuvó á la fundacion de una ciudad en la isla de Chipre. El rey de quien la ciudad dependia la dió el nombre de Sóles, en honor del ilustre ateniense. Al dejar á su huésped, despidióse de él Solon en una elegía de que Plutarco cita este pasaje: « ¡ Ojalá reines aquí en Sóles largos años, tranquilo en tu ciudad, tú y tus descendientes! » En cuanto á mí, que mi rápida nave me lleve salvo y sano lejos de esta célebre isla, protegido por Cipris, de violetas coronada. Así esta fundacion me valga, por la diosa, agradecimiento, noble gloria, y un bienhadado regreso á mi patria! »

A su vuelta la halló Solon dividida entre las facciones de Megacles y Pisístrato. Sostenido este último por la plebe, dueño de la ciudadela y defendido por una guardia de hombres armados, fué pronto en Atenas un verdadero rey, ó como se expresaban los griegos, un tirano. Opúsose Solon con extremada energía á la adopcion de los decretos propuestos por Ariston en favor de Pisístrato, y consolidada ya la anarquía, tampoco guardó silencio, reprendiendo vivamente á los atenienses en nuevas elegías, y repitiendo con alma cuanto pensaba del potente personaje. Entonces Solon era viejo. Como no dejaban de advertirle que el tirano podria hacerle un mal tercio, contestaba que sus años no le permitian temer la muerte. Nada mas sensible que la pérdida de los poemas que contenian tan elocuentes invecti-

tivas: « Si sufrís estos males por cobardía, no acuseis á los dioses de vuestra desgracia. Vosotros sois quienes habeis engrandecido tanto á esos hombres, prestándoles tales apoyos; y por eso os hallais en vergonzosa esclavitud... Vosotros solo atendeis la lengua, las palabras de un taimado; pero de ningun modo veis cómo se maneja... Cada uno de vosotros en particular sigue las huellas del zorro; pero juntos no sois mas que un ható imbécil. »

Hombre de talento ante todo, no se ofendió Pisístrato de la franqueza del anciano, y hasta consiguió ablandarle con su deferencia y respeto. Ninguna innovacion introdujo en las instituciones, contento con poseer la realidad del poder y dirigir á su discrecion el rumbo de los negocios. Esta sujecion á las leyes establecidas fué sin duda lo que mas lisonjeó al legislador. Solon pasó sus postreros años en un sosiego profundo, completamente dado á los estudios liberales, á la poesía y á los placeres que su avanzada edad le permitia. De esta época datan probablemente los versos donde, segun el uso de sus contemporáneos, consiguió las nociones científicas que aprendió en el comercio de los sábios, en los libros, ó en la contemplacion de la naturaleza, y de las cuales citan algunos ejemplos Plutarco y otros. El famoso verso: « Envejezco aprendiendo siempre mas, » manifiesta el ardor que le animaba en sus sábias investigaciones.

Elegía moral; poesías diversas de Solon.

No podemos relacionar á una circunstancia particular de su vida la magnífica elegía moral que empieza con una invocacion á las musas, la única que poseemos íntegra. Después de expresar los deseos que para sí concibe, muestra

el poeta que la justicia divina descarga inevitables golpes sobre el crimen; dice cómo los hombres, á pesar del grito de su conciencia, no dejaban de abandonarse á las insensatas pasiones; pinta su ambicion, sus siempre fallidas esperanzas, y por término de todo, el sufrimiento y la muerte: concluyendo que la sabiduría es el primer bien, el bien único y supremo. Solon se revela por completo en esta elegía, especialmente en los versos que siguen á la invocacion. Desea fortuna y renombre; solicita ser grato para sus amigos, amargo para sus enemigos, respetado de aquellos, y temido de los otros. En seguida añade: «Sí, deseo tener riquezas; pero no quiero disfrutarlas injustamente. La opulencia que dan los dioses es para el hombre que la posee un edificio sólido desde el fundamento á la cima. Pero la que buscan los hombres es fruto no mas de la violencia y del crimen: obligada por actos inicuos, viene á pesar suyo, y pronto anda mezclada con el infortunio.»

Solon no era solamente poeta elegíaco. No podemos decir si se ensayó en el género épico, pues no está probado que escribiese algo en versos hexámetros, salvo quizás la breve invocacion que hemos citado, la cual serviría de principio al preámbulo de sus leyes. Pero habia manejado superiormente el yambo y el troqueo. Solon no es un satírico ofensivo y violento como Arquíloco, ni un observador pesimista como Simónides de Amorgos. Válese de un ritmo vivo y apasionado, no para atacar, sino para defenderse. Compuso en versos trocáicos su apología contra los que le recriminaban por no haber sabido constituir un poder mas enérgico y menos disputado, y por haber rehusado la tiranía cuando se la ofrecian. Plutarco ha trascrito el pasaje

en que refiere Solon las mordaces burlas que de su conducta hacian ciertos doctos de aquel tiempo. «Solon no ha sido un verdadero sábio, ni un hombre de seso: ni siquiera quiso recibir los bienes que le daba la divinidad. Preso el pez, quedóse él embelesado, y no recogió la gran red. Ha perdido la razon; ya no se conoce. De lo contrario, para poseer soberanamente tantos tesoros, para reinar en Atenas un solo dia, hubiera consentido en ser despues desollado vivo, y en ver perecer todo su linaje.» Tambien cita Plutarco la firme y digna contestacion del gran ciudadano á todos los cargos de debilidad ó incapacidad, y la noble vindicacion que hace de sí mismo. «Si he mirado por mi patria, pues la implacable violencia de la tiranía no me ha mancillado las manos; si no he empañado ni deshonrado mi gloria, no me arrepiento de ello. Paréceme que así he vencido á todos los hombres.» Es probable que ambos pasajes están sacados de una misma composicion. Esta apología estaba escrita en forma de epístola, y Solon la habia dirigido á un amigo suyo llamado Foco.

El fragmento mas largo de los yambos de Solon, que tiene veinte y seis versos á lo menos, es tambien una apología política, pero mas solemne, cuyas primeras palabras son una invocacion al testimonio de la Tierra, la mejor divinidad del Olimpo. Solon recuerda las disposiciones en cuya virtud ha devuelto á sus dueños los bienes empeñados, y restablecido en Atenas á los deudores vendidos por sus acreedores como esclavos: infelices «que ya no hablaban la lengua ática, de puro andar errantes por el mundo. A los que sufrían aquí mismo una ignominiosa esclavitud, dice tambien el poeta, y que ya temblaban ante los seño-

res, les he libertado. He hecho esas cosas con la poderosa union de la fuerza y la justicia, y he cumplido cuanto prometí.» Añade que otros muchos en su lugar hubieran pensado en todo menos en el interés público, y no habrían parado hasta embrollarlo todo para saciar su ambición y su codicia. Congratúlase altamente de haber despreciado las críticas, sin querer, según su misma expresión, conducirse como lobo entre los perros.

No lo hemos dicho todo sobre las obras poéticas de Solon. Ni siquiera hemos mencionado el poema de la *Atlántida*, que él no había hecho más que principiar, dejándolo así, ya porque otros, como pretende Platon, le hubiesen distraído de su obra; ya porque, como quiere Plutarco, le hubiese contenido la vejez, ó el temor á un trabajo demasiado prolijo. Bástanos haber mostrado que en los géneros á que se dedicó, merecía Solon el puesto más eminente. La fama del sábio y del legislador perjudicó la del émulo de Arquíloco y Tirteo. Dejamos á la historia genuinamente llamada la tarea de pregonar los gloriosos títulos del héroe de la civilización, del verdadero fundador de la prosperidad de Atenas; pero deber nuestro era arrojar alguna luz sobre el lado menos conocido de aquel ser fecundo y poderoso, en quien concurrían con tan maravilloso concierto el valor y la prudencia, el entusiasmo y la reflexión, la razón práctica y las especulaciones doctas, la fuerza y la gracia, el hombre amable y el grande hombre.

Focílides.

En los versos de Solon abundan las sentencias, las máximas, los dichos dignos de conservarse en la memoria

(*γνώμη*). Así y todo, Solon no es propiamente hablando lo que los griegos llamaban poeta gnómico: no es sentencioso por oficio, sino de paso y oportunamente, según lo permite el punto que trata. No así Focílides de Mileto, que florecía algo después de Solon, esto es, á mediados del siglo VI. Lo que resta de Focílides es árido y todo didáctico: diríase que dicta oráculos; dase el tono de un maestro de la sabiduría, y sus máximas principian las más con esta fórmula: «Hé aquí también lo que dice Focílides.» Nada tienen que muy notable sea; y hasta las hay que Focílides tomó de los poetas antiguos. En ocho versos, por ejemplo, concentró toda la sustancia de la sátira de Simónides de Amorgos. El mérito de Focílides consiste en la claridad de estilo, en la precisión elegante que los griegos apreciaban en sumo grado, y merced á la cual se graban fácilmente las máximas en la memoria.

No hablamos aquí de aquella especie de compendio de los deberes, en doscientos y más versos, que también se imprime con el nombre de Focílides. Es obra de poco precio y de época muy posterior. Redúcese á una de las imitaciones literarias que se hacían en tiempo de la lucha del paganismo y el cristianismo.

Teognis.

Solia Focílides escribir sus sentencias morales en versos épicos, y entre los que se le atribuyen no hay más que un pentámetro. Teognis, que con tanta razón figura en el número de los poetas gnómicos, solo empleó la forma elegíaca: compuso verdaderas elegías, con motivo de ciertas ocurrencias de que había sido testigo; y la especie de poema moral

que poseemos con su nombre, está formado, á lo que parece, de fragmentos entresacados de diferentes obras, cada una de las cuales constituía un todo y tenía su argumento particular. Hizose esta coleccion sin órden alguno, rehizose probablemente varias veces, y aumentóse con interpolaciones: contiene versos que no son de Teognis, y cuyos verdaderos autores se saben.

En tiempo de Jenofonte considerábase ya particularmente á Teognis como á moralista; aprendíanse de memoria sus sentencias, como las de Focílides: es de creer que las habían extractado de sus elegías, y quizás entonces habia ya perecido el cuerpo de las mismas, desatendido en provecho de los miembros que le habían quitado.

Teognis era de Megara, vivía en la segunda mitad del siglo VI, y parece que prolongó su carrera hasta el tiempo de la segunda guerra meda. Pertenecía á la aristocracia dórica que gobernó en Megara desde que esta ciudad estuvo separada de Corinto, y que fué exonerada de sus privilegios cuando Teágenes, apoyado por el partido popular, se apoderó del poder supremo. Sobre perder sus honores, vió Teognis pasar á otras manos su patrimonio, y murió expatriado. Falleció probablemente en Tébas, donde no residió á la continúa, pues hállanse en sus versos indicios de viajes á Esparta, Sicilia y Eubea.

Carácter poético de las poesías de Teognis.

Teognis no cesa en sus invectivas contra los hombres del partido popular: hasta en los puntos donde aparenta no dar mas que lecciones de moral á sus amigos, vese traspirar su odio político. Los malos (*κακοί*) y los cobardes (*δειλοί*) de

quienes siempre está hablando, no son los que así se llaman en todo tiempo y lugar: regala indistintamente con estos nombres á cuantos no pertenecen á la raza antigua, á cuantos carecen de tradiciones de familia y de riquezas hereditarias. En cambio los dorios, la antigua aristocracia, son los buenos (*ἀγαθοί*) y los valientes (*ἰσθλοί*): el poeta les prodiga los epítetos gallardos con tanta liberalidad como á los otros las calificaciones injuriosas.

Por lo regular, Teógnis se dirige á Cirno, hijo de Polipas, y á veces á otros personajes, á Simónides, Onomácrilo, Clearisto, Demócles, Demonax, Timágoras. Cirno es un joven á quien el poeta habla en tono paternal y á quien quiere imbuir en sus ideas políticas y morales. Los demás son amigos, compañeros de diversiones, con quienes se distrae hablándoles de asuntos menos graves. Encomienda á Simónides, por ejemplo, que deje en completa libertad á los convidados; que no detenga al que quiere irse del banquete; que no despierte al bebedor que se ha dormido harto *armado de vino*. La parte festiva del poema es seguramente del tiempo en que Teógnis vivía en la casa de sus padres, en que el gobierno de Megara iba á su gusto, y en que florecían en la ciudad aquellas sociedades de amigos, aquellas fidicias, como decían los dorios, en las que se pasaban largas horas bebiendo y platicando agradablemente.

Por el contrario, en los primeros versos que dirige á Cirno, nótase ya cierta disposición de ánimo atrabiliaria y misantrópica. Todavía no está consumada la ruina de la aristocracia megarense, pero se prepara: ya están luchando los malos y los buenos. Pronto aparecerá el tirano: la ciudad está de parto, como dice Teógnis, y de temer es que para

su azote. A despecho de los votos y esperanzas del poeta, y seguramente á despecho de sus esfuerzos, el mal se consuma; el mundo está volcado; todo está perdido: los que no eran ciudadanos son ciudadanos. Hé aquí cómo se lamenta Teógnis de la invasión de los periecos, gente del territorio de Megara, que acababa de conquistar violentamente el derecho de ciudadanía: « Cirno, esta ciudad es todavía una ciudad; pero ciertamente es otro pueblo: es una gente que antes no conocía tribunales ni leyes. Iba vestida de pieles de cabra; y como los siervos, moraba fuera de esta poblacion. Y ahora, hijo de Polipas, ellos son los buenos; y los que há poco eran los valientes son ahora los cobardes. ¿Cómo aguantar semejante espectáculo? Engañanse mutuamente, burlándose unos de otros; no tienen el sentimiento de lo bueno ni de lo malo (1).» Teógnis aconseja á su jóven amigo que deteste cordialmente á aquellos zafios, trapacistas, malos, sin dejar empero de ponerles buena cara, por temor probablemente de alguna malaventura. Cuando los recién venidos, embriagados con su victoria, han tomado venganza de los antiguos opresores, Teógnis estalla de verdadera rabia, llegando á tal extremo, que desea beber la sangre de los que le han despojado de su patrimonio.

Sentencias morales de Teógnis.

Con todo eso, las sentencias morales de Teógnis no son indignas de su reputacion. Las mas son verdades de sentido comun, ú observaciones ingeniosas y profundas, siempre expresadas con propiedad, y á veces con la viva elocuencia que brota del alma. No extrañamos pues que la Grecia de-

(1) Verso 53, y sig.

mocrática apreciase tan altamente las obras de este acérrimo aristócrata. Las preocupaciones del hombre de partido no ofuscaban siempre la razon del pensador, y el talento poético compensaba ámpliamente los errores de la pasion y los asertos desalentados. Cuando Teógnis toca asuntos de importancia, su estilo se eleva y se engalana sin dejar de ser vivo y preciso: nadie ha hablado nunca de la virtud en términos mas sentidos, ni censurado mas enérgicamente el vicio. Tal vez no ha visto bastante que en la tierra el mal es la condicion del bien y su inseparable sombra, y que solo hay mérito en el esfuerzo que nos desata del yugo de nuestra terrestre naturaleza. Las quejas que le arranca la vista del mundo en desórden, casi rayan en blasfemias contra la Providencia. A lo menos concluye aconsejando la accion si el bien es posible, y la resignacion si el mal es inevitable.

« Buen Júpiter, yo te admiro; que tú mandas á todos los seres, y posees en tí la plenitud de los honores y del poder. Conoces á fondo los pensamientos y el corazon de cada hombre, y tu autoridad; oh rey! es la mas alta del mundo. ¿Cómo, pues, hijo de Saturno, tienes valor para mirar con iguales ojos al criminal y al justo? ¿Porqué tu espíritu se vuelve indistintamente á la prudencia, ó á los atentados de los mortales que no temen perpetrar actos perversos? No, la divinidad no ha fijado regla alguna á nuestra conducta, ningun camino por donde estemos seguros de alcanzar el favor de los inmortales. Los malvados gozan de una prosperidad que ninguna pena acibara, y los que preservan su alma de las malas obras, los amantes de la justicia, heredan empero la pobreza, madre de la desesperacion, la pobreza que induce al crimen el corazon de los hombres... En la pobreza se

descubre al perverso y al realmente virtuoso, cuando luchan con la indigencia. El uno medita criminales proyectos, y nunca germina en su pecho un pensamiento justo. El alma del otro, por el contrario, no deja llevarse á merced de la mala ni de la buena suerte : hacer el bien, sufrir el mal, tal es el deber del hombre virtuoso (1).»

Hemos dicho en otra parte que el jonio Tirteo habia usado al dirigirse á los dorios la lengua jónica que á la sazón era el único idioma de la poesía. El dorio Tegónis, escribiendo en Megara ó en Tébas, esto es, en ciudades dóricas, se conformó con el uso comun, y tan completamente, que todos los esfuerzos del mundo no descubrirían una diferencia perceptible entre su dialecto y el de los poetas elegíacos naturales de las poblaciones jónicas, que escribieron para los jonios.

CAPÍTULO IX.

Poesía colíambica. Parodia. Apólogo.

HIPONAX. — ANANIO. — APÓLOGO. — ESOPHO. — LA BATRACOMIOMAQUIA.

Hiponax.

Entre los antiguos Hiponax era célebre por haber hecho una modificación importante en el verso yámbico senario ó trimetro, é inventado un nuevo género de poesía. El verso senario, tal como lo usaron Arquíloco, Simónides y Solon, y tal como quedó en la poesía dramática, tiene tres yambos á lo menos, uno en el segundo pié, otro en el cuarto y otro en el sexto : el yambo final es de rigor. Hiponax

(1) Verso 373 y sig.

ideó reemplazar este yambo final con un espondeo, y dar al verso con esta alteracion un curso cortado é irregular, cierto aire brusco y sarcástico, perfectamente adecuado á la sátira. Este verso mutilado se llamaba *coliambo*, ó yambo cojo, y tambien *trimetro escazon*, que significa lo mismo.

El nuevo género cuya invencion se atribuía á Hiponax es la *parodia*, ó lo que llamamos nosotros poema heroicómico. Segun dicen fué el primero que empleó las nobles formas y el lenguaje solemne de la epopeya para pintar caracteres grotescos, cosas ridículas y sentimientos vulgares. De las sátiras épicas de Hiponax no queda mas que un corto fragmento ; y los de sus sátiras colíambicas, tambien muy cortos, solo son interesantes para los gramáticos y los amantes de la métrica y la prosodia.

La vida de Hiponax es mas conocida que la de la mayoría de los poetas que hasta aquí nos han ocupado. Nació en la ciudad jónica de Efeso, y vivía en la segunda mitad del siglo VI. Perseguido en su patria por los tiranos Atenágoras y Cómas, trasladóse á Clazómenes, donde verosíblemente pasó sus postreros años. No contribuyó el destierro á templar su genio áspero y misantrópico de suyo. Aunque jonio, nada tenía de aquella afabilidad y condescendencia que distinguían á sus compatriotas : merecía vivir en Esparta y comer á lo espartano (1). Veía con dolor la abyeccion de su país; indignábase contra los hombres que solo miraban por su bienestar y sus placeres, y habian perdido el senti-

(1) El texto Francés dice : *manger le brouet noir*. *Brouet* significa un manjar espartano que se componía de tocino, sal y vinagre.

(El Traductor).